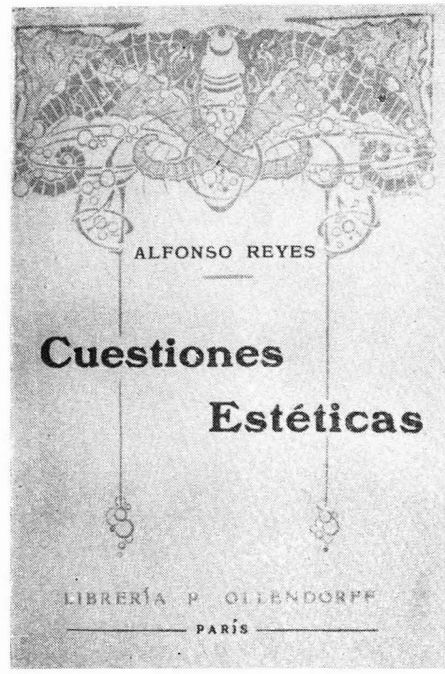
HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS

Por Alfonso REYES

I. *Cuestiones estéticas*

1. CRONICA EDITORIAL

EL libro *Cuestiones estéticas* fué enviado de México a París y se publicó en la casa Ollendorff a comienzos de 1911. El colofón dice: "Chartres.—Imprenta Ed. Garnier.—28.10.10." Pero me consta por cierta carta que la obra no salía aún de los talleres el 16 de febrero de 1911. Los más antiguos acuses de recibo que he conservado datan de junio, y del siguiente mes de julio las primeras críticas de la prensa. Adviértase que la conferencia sobre Othón (1910), aunque conocida antes, es de elaboración posterior. Lo propio acontece, desde luego, con la conferencia sobre el paisaje en la poesía mexicana (1911).



. . . donde yo era el benjamín.

Antes de la Guerra Europea (1914-1918), las casas Garnier y Ollendorff eran, en Francia, los principales centros editoriales para libros en español. Desde México, Pedro Henríquez Ureña se había puesto en contacto con el encargado de estas ediciones en Ollendorff, su compatriota el dominicano Gibbes; y gracias a ello, y también a la amistad de Francisco García Calderón —el joven escritor peruano a quien ya rondaba la fama y que se carteaba con el grupo Caso-Henríquez Ureña-Reyes—, Pedro acababa de publicar allí su libro *Horas de estudio*. "Todas lo son para usted, muchacho", le había dicho don Justo Sierra al recibir de sus manos el volumen. Aprovechando estas relaciones y la presencia de mi familia en París (yo me quedé en México para acabar la carrera de abogado), se arregló la edición de *Cuestiones estéticas* en la "Librería P. Ollendorff", que ésta era su razón social.

Sea dicho de paso, Gibbes era hombre puntual y cortés, aunque le agradaba darse importancia como a algunos intermediarios, se tenía por muy experto en Gramática y, en algún original de García Calderón, aun pretendió corregir las frases, poniendo invariablemente los adjetivos después de los sustantivos, pues alegaba que hacerlo al revés no era castizo. De abrojos así está lleno el campo.

Mis aficiones, mis puntos de vista, son los mismos.

Yo hubiera deseado cuidar desde México las galeradas de mi libro. Pero a mediado de noviembre (1910), Gibbes nos aseguró que ya no era posible y que "todo cambio de palabra o frase implicaría una nueva composición y el ingrato trabajo de rehacerlo todo, lo cual no entra en lo estipulado". Yo no me proponía tanto hacer correcciones de autor cuanto vigilar la pureza de la impresión, y no me faltaba razón en ello: Gibbes me ofreció examinar minuciosamente mis pruebas, pero en cuanto me llegó el libro tuve que mandar imprimir cuatro páginas de erratas —setenta y tres faltas en total—, y otras he añadido después. En la "Carta a dos amigos", 1926 (*Reloj de Sol* y *Simpatías y diferencias*, 2a. ed., II), he confesado haber incurrido también por mi cuenta en varios errores de nombre y fecha que ofrecía dejar apuntados en mi ejemplar propio. Pero al fin he hecho algo mejor: acabo de aderezar —junto con el índice de autores y obras citados a lo largo del libro— una declaración de erratas, errores y correcciones indispensables y la he remitido a mis amigos los bibliotecarios de la Universidad Neolonesa, que con tanta paciencia han empezado a establecer mi bibliografía.

. . . verdadero acceso a la vida literaria.

2. ANTECEDENTES

Este libro nos transporta a los días trepidantes del Ateneo de la Juventud, donde yo era el benjamín. (Poco después había de ingresar Julio Torri, que me ganaría por un mes). Es conmovedor volver los ojos hacia el amanecer de una nueva era. Es conmovedor percatarse de lo que pudieron lograr, por su sola vocación fervorosa, aquellos muchachos au-

SANTOS CHOCANO EN EL ATENEO DE MEXICO

El poeta rodeado de los Sres. Lic. José Vasconcelos, Presidente del Ateneo, y de los Sres. Ing. Alberto J. Pani, Alfonso Enrique González Martínez, Lic. Alejandro Quijano, Carlos González Peña, Luis Castillo y Martín Guzmán, miembros

"El Diario", 9 agosto de 1910

FUE INAUGURADA AYER UNA SERIE DE PLATICAS EN EL ATENEO DE LA JUVENTUD

todidactos, que no contaron con verdaderos maestros en el orden de sus aficiones, ni tenían apenas público ni estímulo de ningún orden y que salieron a la liza cuando aquí no había estudios organizados de filosofía, de humanidades, de letras. ¡Cómo que esa generación —la Generación del Centenario— había de echar los cimientos para la futura Facultad de Filosofía y Letras, acudiendo a desempeñar gratuitamente las cátedras en aquella incipiente Escuela de Altos Estudios que, realmente, por las conmociones de la época, se había quedado en el aire, sin recursos y sin programas! En efecto, pronto estalla la revolución, el régimen muda. Y, como siempre acontece, solapadas bajo los anhelos legítimos se deslizan algunas prédicas demagógicas. ¿Universidad, Altos Estudios, Facultades, Doctorados? ¿Traje de frac para un pueblo que anda descalzo? No, la cultura es aristocracia. ¡Abajo la cultura! Por respeto a los pies —nueva fábula de Menenio Agripa— querían cercenarnos la cabeza.

Pero volvamos a nuestra historia. Francisco García Calderón se encargó de apadrinar mi libro y le puso un prólogo espontáneo. Tuvo el acierto de prevenir prudentemente al lector sobre las circunstancias de mi ambiente y de mi persona, incluso mi edad —por si en el exceso de adornos se notaba la pluma nueva—, y pintó a grandes brochazos la fisonomía de nuestro Ateneo y sus figuras principales: Caso, Pedro Henríquez Ureña y su hermano Max, Acevedo, Alfonso Cravioto. Añádase el nombre de José Vasconcelos, que acababa de incorporársenos, y complétese la lista con los demás nombres que constan en mi "Pasado inmediato".

Yo había aventurado mis primeros versos "públicos" (*Duda*, tres sonetos que aún pertenecen a mi prehistoria), en *El Espectador* de Monterrey, el 28 de noviembre de 1905, encontrándome en mi tierra de vacaciones; pues ya para entonces estudiaba yo en la Preparatoria de México. Mis sonetos se inspiraban en un

Caricaturas, documentos de la época

grupo escultórico de Cordier, visto en una fotografía de *El Mundo Ilustrado*: un viejo de volteriana apariencia desliza al oído de un espantado jovencete las especies del escepticismo y del descreimiento. Mi posición era enteramente objetiva, aunque triste, y dejaba la cosa "en duda". Para sorpresa mía, cuando muchos años más tarde me hice cargo de nuestra Embajada en Buenos Aires, me encontré —allí a pocos pasos— el propio mármol de Cordier que parecía hacerme señas desde la Plaza San Martín. Lo tuve por augurio propicio.

Pero volvamos a mis sonetos. Mi padre los encontró aceptables; don Ramón Treviño, el director del periódico los publicó; y luego los reprodujo en México el diario *La Patria*, el que dirigía don Ireneo Paz, abuelo de Octavio.

—¿Qué dice el poeta? —me saludó cierto amigo de la familia.

—¡No! —le atajó mi padre—. Entre nosotros no se es poeta de profesión.

Pues si, por una parte, aplaudía y estimulaba mis aficiones, por otra temía que ellas me desviasen de las "actividades prácticas" a que se está obligado en las sociedades poco evolucionadas. Y, en verdad, como más tarde he dicho, aplicando la palabra de Larra, en México escribir es llorar. ("El Premio Nacional de Literatura", *De viva voz*, 1949).

Pisaba yo las últimas gradas de la Preparatoria y, a falta de mejor cosa, me disponía para la carrera de Derecho, procediendo por aproximación, cuando aconteció mi verdadero acceso a la vida literaria. Un poeta potosino, José María Facha, un sobrino de Othón que había obtenido en Monterrey su título de abogado, porque creo lo desterró de San Luis su inquina contra Monseñor Montes de Oca, apareció unos días por México. Aunque mayor que yo, éramos buenos amigos. Salimos a pasear juntos el domingo por la mañana, a la moda de entonces, por la Avenida de San Francisco y Plateros. Nos encontramos con uno de los más oscuros colaboradores de una re-

vista juvenil que iba a lanzarse por esos días y él nos invitó a visitar a los poetas que a esa hora se reunían en la redacción.

Yo había contemplado con envidia y anhelo los anuncios de la tal revista, *Savia Moderna*, algo como una hija de la célebre *Revista Moderna*, aún viva y operante por obra y gracia de don Chucho Valenzuela y los últimos modernistas; pero distaba mucho de figurarme que pronto me sería posible ingresar en sus filas: tenía yo conciencia de que era demasiado temprano. Nos encaminamos a la Avenida del Cinco de Mayo, a la redacción de *Savia Moderna*, cuyo director efectivo era Alfonso Cravioto. Cravioto hizo un aparte conmigo. Había participado en ciertos actos de oposición contra el gobierno de mi padre, y eso mismo —como hombre bien intencionado que es— lo hizo desear conocerme y mostrarse afable. A poco, empecé a publicar mis renglones tanto en la *Savia Moderna* como en la *Revista Moderna*, porque Emilio, el hijo mayor de don Chucho, me llevó con éste.

En 1906 hice, pues, en *Savia Moderna*, mi aparición poética con el soneto *Mercenario*, que se publicó ya muy corregido en mi primer colección de versos: *Huellas*, 1923. (Y no "1922" como reza la portada, ni menos "1933" como se puso por error en mi *Obra poética*, 1952). A Cravioto le impresionó mucho que, en vez de perderme en vaguedades sentimentales, me ciñera al código parnasiano Ricardo Gómez Robelo consideró, sin embargo, que no convenía dejarme entumecer en aquellas normas, sólo útiles como aprendizaje, y se propuso, por encargo de la revista, darme unos consejos escritos. Al cabo le fué más cómodo cumplir su cometido mediante la conversación y el trato. Manuelito de la Parra, poeta de emoción y delicadeza, aunque mal psicólogo, me dedicó entonces unos versos ("Al poeta niño"), extrañado de que no confesara yo las dulzuras e ingenuidades de mi corazón de adolescente, (¡sí, bueno es eso: dulzuras e ingenuidades del adolescente, lo más ferozmente complicado que hay en el mundo!), y casi rogándome que no hiciera versos sabios ni me dejara llevar de la tradición ni la cultura: "Y cuéntanos un poco de las almas de armiño", concluía candorosamente. Cree... el cordero que todos son de su apero.

3. ELABORACION DEL LIBRO

Un día, Pedro Henríquez Ureña —educador desde la infancia y que había escuchado con interés mis "discursos preparatorianos" de 1907, científico el uno y dedicado a la muerte de Moissan, literario el otro— me aconsejó someterme a las disciplinas de la prosa, como parte de mi aprendizaje y para habituarme a buscar la forma de mis expresiones no exclusivamente poéticas. Un "vate" coahuilense poco recordado hoy en día, Miguel Pereyra, hermano de Carlos el historiador, que era mi amigo aunque también me llevaba años —por lo visto yo estaba predestinado a la compañía de mis mayores—, conoció una de esas alocuciones cuando yo la estaba redactando, la que escribí para la Sociedad de Alumnos por mí fundada en la Escuela Preparatoria y que se publicó en la *Revista Moderna*, agosto de 1907.

—Yo creo —me dijo— que usted va a acabar en la prosa, que es la música clásica.

Me puse, pues, en efecto, a la prosa con cierta asiduidad y afición, sin por eso abandonar los versos. Pues "yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin". (Prólogo a *Huellas*). Entre 1908 y 1910 elaboré todos los ensayos de *Cuestiones estéticas*. A la primera fecha corresponde el más extenso —la interpretación de 'Electra' en el teatro ateniense— que data de mis diecinueve años.

A punto estuve de no conocerle la cara a mi primogénito. Apenas copiado el manuscrito, sufrí un grave ataque de peritonitis ganado en buena lid, por andar practicando los saltos y contorsiones del Jiu-Jitsu (yo era entonces sumamente ágil) con Julio Torri, en la Escuela de Derecho, durante los ratos perdidos.

Al fin llegó de París mi libro impreso. "Sorpresa de la prematurez", dijo alguien. Tuvo mejor acogida de lo que yo podía desear. Pero los más descontentadizos comentaban entornando los ojos: "Este Henríquez Ureña, con sus consejos, nos ha matado en flor a un poeta." Pues ¿qué sería del frágil corazón humano si no se desahogara decretando una que otra vez la ruina del prójimo?

Cuando fuí más tarde a París (1913), Gibbes me hizo saber que mi libro se había vendido sobre todo en Colombia, sin duda porque en México mis obsequios le habían hecho competencia al mercado. Esto, puedo decir ahora, fué el adelanto a cuenta de la Gran Cruz de Boyacá que Colombia me otorgaría en 1945.

4. DISCUSION

La discusión arranca del título, *Cuestiones estéticas*, que no sé bien si era adecuado. Desde luego, el libro se limita a la crítica literaria. Pero quise dar a entender que todos estos ensayos eran como otros tantos asedios a una misma plaza fuerte, la cual no acababa de rendirse; otras tantas aventuras mentales en torno a una doctrina estética que no se define directamente. No había llegado la hora de *El deslinde*, la hora varonil de enfrentarse con las abstracciones. Hasta pergeñé un prólogo para justificar mi título, pero al fin opté por no perder el tiempo en satisfacciones no pedidas. De aquí que siempre haya recordado con especial simpatía la crónica que me dedicó, en Francia, Jean Pérès (*Bulletin de la Bibliothèque Américaine*, París, 1912). Este crítico, sin desconcertarse ante la apariencia fragmentaria del libro, acertó a seguir su nervio central, aproximadamente como yo mismo lo hubiera hecho.

En cuanto al contenido del libro, varias veces he declarado que yo suscribiría, en general todas las opiniones allí expresadas, o "prácticamente todas", como suele decirse. Hay conceptos, temas, de *Cuestiones estéticas* derramados por todas mis obras posteriores: ya las consideraciones sobre la tragedia griega y su coro, que reaparecen en el Comentario de la *Ifigenia cruel*; ya algunas observaciones sobre Góngora, Goethe o bien Mallarmé, a las que he debido volver más tarde, y sólo en un caso para rectificarme apenas. Mis aficiones, mis puntos de vista, son los mismos.

Y, sin embargo, hasta hoy no me ha sido dable reeditar este libro, ya bastante escaso. Porque los libros, en ocasiones, parece que se los bebe la tierra, como a la lluvia. Pero es mucha la tentación (y no sé si obedecerla es legítimo) de simplificar aquel estilo a veces rebuscado, arcaizante, superabundante y oratorio —esto lo señalaba ya el generoso dominicano García Godoy—, estilo, en suma, propio de un desborde que todavía no acepta el cauce. Pues hay quien comienza por la timidez, y hay quien comienza por eso que se llama "facundia", y a éste le conviene, como por ahí lo dejo dicho, aprender a escribir por el otro cabo del lápiz, es decir, con el borrador. En la ya citada "Carta a dos amigos" he explicado: "*Cuestiones estéticas* precede en seis o siete años (*en verdad, cuatro*) al resto de mis libros y se adelanta a ellos todo lo que va del 'niño brillante' al hombre mediano. Gran respeto se le debe al niño..." A ver, sin embargo, cómo me las arreglo un día para lanzar una segunda edición, cerrando los ojos.

Quiero concluir con una nota sentimental. No hay que alarmarse: no subiré el tono demasiado. La publicación de *Cuestiones estéticas* me valió dos cartas inolvidables. El 19 de agosto de 1911, Arturo Farinelli me escribía desde Austria, invitándome a continuar mis estudios a su lado, en Turín. El 31 de octubre del propio año, Emile Boutroux —benevolencia del viejo para el novato— me escribía desde París: "Tal vez se le ocurra a usted venir por acá cualquier día y charlar con nosotros sobre esos grandes asuntos que usted trata con tanta competencia como gracia y generosidad...". Pero yo, que a esas horas habitaba con mi familia y junto a mi padre recién desembarcado de Europa en la casa No. 44 de la calle de las Estaciones, la cual por instantes quiso convertirse en fortaleza, tenía que dormir —oh tiempos aciagos— con el 30-30 a la cabecera de la cama, cuando menos para satisfacer las reglas del género, la retórica del instante.